

# EN LA PRIMERA PIEDRA DE LA CIUDAD UNIVERSITARIA DE LA U C A B

N. de la R.—Con ocasión de la colocación de la Primera Piedra de la nueva Ciudad Universitaria Católica el 12 de febrero, fecha memorable en los fastos patrios, pronunció el R. P. Víctor Iriarte, Provincial de la Compañía de Jesús en Venezuela, estas sencillas y emotivas palabras, que "SIC" recoge para perpetuar el recuerdo de acontecimiento tan transcendental en la historia de la educación católica en nuestra Patria.

Al colocar la primera piedra de la nueva Universidad Católica Andrés Bello, la fecha del día nos trae recuerdos de historia que realzan el significado de este acto.

Hace 149 años un grito de angustia lanzaba la Patria desde los valles de Aragua. Como una tromba subía de los Llanos, Boves, el caudillo y apuntaba con sus escuadrones llaneros hacia la cima de la Capital. Por atajos y caminos la juventud universitaria de Caracas corrió presurosa al llamado del General José Félix Ribas y junto al contrafuerte de las colinas aragüeñas opuso la muralla de sus pechos con la firme resolución de morir antes que ceder... Pasaron los momentos de recia pelea; pasaron las salvajes arremetidas del jefe realista; pero el enemigo no pasó. La Patria volvía a sentirse dueña de sus destinos.

Rinde tributo el General José Félix Ribas a la sangre generosa de los ilustres caraqueños, pero consigna al mismo tiempo la protección visible de María Santísima de la Concepción, en cuyo honor instituye una fiesta solemne en la Santa Iglesia Metropolitana que fielmente, año tras año, cumple la voluntad del pundonoroso militar.

La historia se repite. Hoy día los pueblos están avocados a luchas decisivas. La América Latina hierve. Los valores más altos —Dios, Patria—Hogar se hallan expuestos al más brutal ataque. Mucho sabe la Iglesia de estas guerras y no ignora que la Universidad constituye uno de los más recios campos de batalla. Con espíritu de previsión y hondo alcance, como lo acaba de recordar el Emmo. Cardenal, el Episcopado Venezolano decretó la erección de una Universidad Católica y confió su ejecución y dirección a la Compañía de Jesús. Ardua tarea, pero a los dos años pudo abrir en su primitivo Colegio San Ignacio, aulas para la juventud universitaria y bautizaba el nuevo Instituto con el nombre de aquel ilustre Caraqueño, Andrés Bello, dechado de virtudes y del más alto saber.

El mismo concepto de Universidad con sus diversas Facultades y el desarrollo

del alumnado imponían la necesidad de locales más espaciosos, de ambiente más tranquilo que el de la alborotada ciudad, de más amplios horizontes.

Y hoy, 12 de febrero de 1963, reverdece aquí en la Hacienda Montalbán, la epopeya de La Victoria, si bien en forma diferente. Porque una sobrina del General Vencedor, la señorita Panchita Ribas, unió sus destinos con el caballero alemán Gustavo Volmer y un biznieto de ella, acompañado de su gentil esposa e hijos, hace generosa donación de estos hermosos terrenos para la Universidad Católica Andrés Bello. Presente está ahora y dando una gran batalla el general José Félix Ribas en uno de sus descendientes. Porque la Patria siempre se halla en estado de gestación y desarrollo. No la comprende quien la encierra en un marco estático y definitivo, por ser su naturaleza dinámica y vital. Los Héroes no representan más que un momento de la vida patria y entregan para su continuación a las futuras generaciones, la tarea que ellos brillantemente iniciaron. Si se levantan sus estatuas sobre mármoles y piedras, el monumento da un aviso, señala una dirección, habla a la posteridad; enseña lo que cada uno debe hacer en su época y en su respectivo sector.

A la creación y engrandecimiento de la Patria, en continuo progreso, deben contribuir todos sus hijos; el agricultor con su arado, el militar con su espada, el industrial con sus empresas, el sacerdote con su ministerio, el profesor con su cátedra. Un ejemplo de esa contribución nos reúne aquí esta mañana.

Al universitario, por su parte, le corresponde en esa creación de patria una actuación de relieve singular. En las aulas se forjan las armas más delicadas y potentes del futuro. Las facultades ponen en manos del universitario medios que se transformarán más tarde en visiones y proyectos de grandeza y en actividad de impulso creador. La tarea del universitario se concentra en el estudio serio y constante, siempre con proyecciones al futuro. Con la preocupación principal del estudio debe her-

manar el conocimiento de la patria en la serie múltiple de sus necesidades y en la gama casi infinita de sus anhelos: problemas espirituales, educacionales, culturales, materiales. He ahí el campo y los sectores diversos para la variada siembra. Ojos avizores oteando sin cesar el panorama de la patria, no brillan en el rostro de los aislados ni en la faz de los estancados. Una Universidad Católica debe estar abierta a todos los vientos del verdadero progreso y ciencia; debe forjar los corazones para que vibren y se emocionen ante la realidad presente; debe acariciar ambiciosos proyectos de futuro con amplio radio para que dentro de la familia venezolana los grandes ideales de Dios y Patria cristalicen en íntima fraternidad y en ambiente de más justo bienestar común. Y al sonar la hora de trocar su ALMA MATER por el campo de las realizaciones, descenderá el universitario a la lid, el sabio con el justo; el técnico con el bueno y su obra se perpetuará en benéfica acción.

A la Universidad Católica le cuadra perfectamente aquella idea que Pío XI expone en su Encíclica sobre la Educación: "El fin de la educación cristiana es formar al cristiano perfecto que sabrá dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. Así siempre trajinará el universitario por los senderos de la vida sembrando claridades con las luces de su inteligencia y bienes con los bondades de su corazón".

Que los deseos del Episcopado se transformen en realidad; que los esfuerzos de la Compañía de Jesús cristalicen en fecundas cosechas; que la generosidad de los donantes y contribuyentes recoja el fruto de sus liberalidades en la promoción de profesionales ejemplares y que los universitarios se esfuercen porque cuaje la flor de sus ideales de Dios y Patria.

El agua lustral y las preces que nuestro Eminentísimo Cardenal, Canciller de la Universidad Católica Andrés Bello, va a derramar sobre la primera piedra, sea el sello definitivo de todas nuestras aspiraciones.